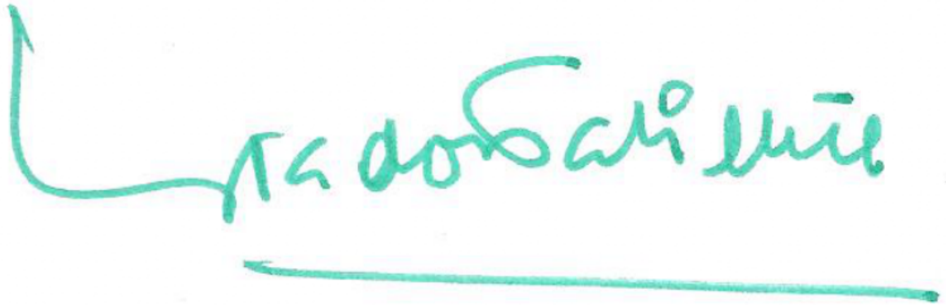


La Voz de Fortuna

Salvador Pérez Valiente

Edición especial agosto,2019

LOS PERROS EN LA POESÍA DE SALVADOR PÉREZ VALIENTE

A tenor de su poesía, Pérez Valiente tuvo una infancia desdichada: su orfandad desde los cinco años, la ausencia bastante frecuente de su madre y la convivencia obligada con unos "casi desconocidos parientes" en Fortuna, hicieron de él un niño "perdido, abandonado". La falta de hijos en su matrimonio con Mari Carmen motivó sin duda que la pareja volcara su cariño en los perros, esos amigos leales siempre dispuestos a dar y recibir el afecto que tanto necesitaba un poeta que hizo de la soledad su divisa.

El primero de los perros que acaparó el cariño de Mari Carmen y Salvador fue *Ton*. En una entrevista que Raimundo de los Reyes le hace al poeta en 1961, para el diario *La Verdad*, el periodista retrata al can como "un perro lobo, grande y lustroso (...) el niño mimado de la casa". Y Salvador, siempre tan amante de la hipérbole, le dice: "Los perros son mi pasión, más que la música e incluso que la poesía".

Pues bien, *Ton* y muchos más perros, no solo los suyos, sino también los abandonados, estuvieron siempre presentes en sus poemas, desde los primeros libros hasta el último. Y ya en la temprana fecha de 1976 les dedica una de sus obras: *La tarde a perros*. Es un poemario breve, de solo ocho páginas en su edición original, no venal, de la que se imprimieron 250 ejemplares, que el poeta regaló numerados y firmados a sus amigos.

Tenía únicamente ocho poesías, aunque una de ellas estaba compuesta por dos sonetos. Pero, en la edición del Ayuntamiento de Fortuna de 2002, se añadieron cinco sonetos más, con tan poco cuidado que varios de los poemas aparecen descolocados, como consecuencia de una paginación muy deficiente. En total hay ocho sonetos de una gran perfección formal. El resto de las composiciones, igualmente muy logradas, están en verso libre. En la obra aparecen perros que han compartido la casa del poeta y también perros callejeros, vagabundos. Todas las poesías tienen un tono marcadamente emotivo y restallan como un látigo en el corazón del lector.

Al ya citado *Ton*, "pastor de majadas y de luna", "que pone la casa honrada y tierna", le llama "camarada", "compañero", "dulce hermano" e "hijo", y le pregunta:

Dime, ¿tú crees en Dios? Dime, ¿tú piensas
en verdes soledades de ladrido
donde el crecido origen se recuerda?

Y, emocionado, lo observa recogido junto a su esposa:

A veces, sin saber por qué, suspiras,
y vienes a dejarte la cabeza,
como una sosegada fortaleza,
en el regazo maternal que miras.

Y todos juntos, Salvador, Mari Carmen y *Ton*, en el cálido habitáculo del hogar, forman una familia:

Los tres bajo la lámpara. Aquí estamos,
costumbre del amor y de la muerte.
Carmen que pone besos y da suerte,
el perro y las palabras de sus amos.

Cerrad las puertas, arropad la casa,
que no entre nadie, de algodón los sueños.
El perro quizá sueña con sus dueños
y el dueño con la vida. Nada pasa.

Los tres bajo la luz, como ateridos;
tres apretadas vidas que se aguantan
amándose y, amándose, sufriendo.
No pasa nada, nada. Sostenidos
por su amargura y su esperanza,
cantan bajo la rosa de la luz ardiendo.

Después de morir *Ton*, el poeta recuerda el último verano pasado en Bellreguart, cuando el perro se encontraba ya ciego:

Aquí estuvimos, *Ton*, aquel verano,
frente a este mar que no reconocías,
bajo el radiante azul que no veías,
pendiente únicamente de mi mano.
(...)
Y aquí hemos regresado a la memoria.
Solos los dos con nuestra pobre historia,
tras las dulces pisadas en la arena.

Se oye ladrar —¿adónde?— por el sueño.
O, ¿es que recuerdas, *Ton*, como tu dueño,
el profundo temblor de la cadena?

Continua en la página siguiente...

Viena de la página anterior

Los perros abandonados en las playas después de la temporada estival, cuando sus dueños vuelven a la ciudad, son un motivo recurrente en la poesía de Pérez Valiente, que compone poemas que destilan un profundo dolor:

No comprenden, no entienden la crueldad que los cerca,
aunque ya la adivinan en la amarga marea.
Los perros de verano, que tuvieron su dueño
y que añoran la casa íntima del invierno
entre calles inciertas, fantasmales esquinas,
bajo un viento que ladra su recóndita ira.
(…)
Por la noche del mundo van perdidos, ahora.
¿Para qué Dios los hizo? ¿qué pecado el que expían
cuando vagan hambrientos por la orilla marina?
(…)
Mansamente nos siguen, acechantes esperan
con la terca paciencia que no olvida al que era,
mientras cruzan la tierra, hacia un último encuentro,
y se alejan, y vuelven, siempre fieles al eco.
Sólo aguardan la sombra de la soga asesina
y a unos hombres de luto que la llevan encima.

Y, aunque solo sea un gesto afable, el poeta les tiende la mano:

Perros del verano,
temerosamente
coméis en mi mano.
Perros vagabundos
con tristeza antigua,
con ojos profundos,
que buscáis en vano.
Perros, mis hermanos,
que vais por el mundo.

Pero es en la gran ciudad, en Madrid, donde la vida es aún más dura para ‘el mejor amigo del hombre’. Unas veces se trata de perros vagabundos que intuyen la ternura del poeta y le siguen:

Cuando regreso es madrugada oscura
y el perro aún está allí.
(…)
Aunque los ojos me persiguen
con la tenacidad desvergonzada de la inocencia,
como dos estrellas amistosas,
un poco tristes y lejanas,
que a pesar de todo dan calor
—No puede ser—, le digo. Y me comprende.
Pero sí puede ser.
Se ha puesto a seguirme,
justo a la distancia precisa que necesita mi soledad,
atravesando calles y recuerdos conmigo,
mi camarada que no se atreve a tutearme.
(…)
Con el portal en sombras,
detrás de los cristales, estaba su mirada todavía,
sin acusar, solamente estando,
fiel a sí misma.
Y aunque sí se puede,
he echado la llave desde dentro, una vez más,
y he vuelto a la selva de los hombres.

Definitivamente, he elegido estar solo.

Otras veces, el perro merodea desamparado en las cercanías y el poeta compadecido increpa al cielo:

El perro ladra lastimeramente.
Pasa a su lado gente tan decente
que acaso se detiene y luego sigue.

Señor, no lluevas más en tu criatura.
Deja que salga el sol. No hagas tan dura
la ley del que ha nacido y te persigue

Y en ocasiones no queda más remedio que cerrar los ojos. Ocurre…

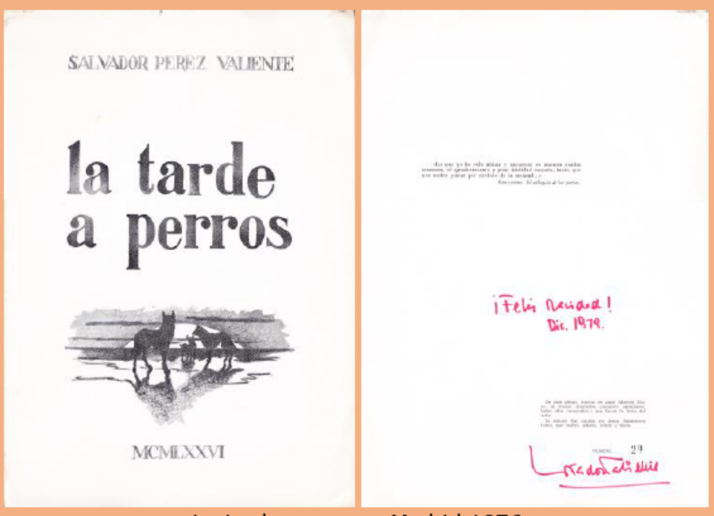
En Cuatro Caminos,
a las dos de la tarde
tendido por última vez en la acera por donde cruzan / hombres,
rodeado de pedazos de pan y expectación,
el perro va muriéndose lentamente
y en sus dos lágrimas,
que nunca terminarán de caer,
oscurece el mirar y los zapatos de quienes contemplamos / su agonía.

Uno de los poemas, *A Bose donde esté*, resume como ningún otro el amor del poeta a los perros, propios y extraños, a los que espera siempre con “el pan en la mesa”:

Entra en mi casa, *Bose*,
deja en la puerta el frío,
duérmete junto al fuego,
sueña que ya eres mío.
Olvida que la noche
del invierno es muy larga
y que la libertad
es a veces amarga.
Mírame con tus ojos
de nevada inocencia,
espectador callado,
tartamuda elocuencia,
y cuando yo regrese
al lunes de los hombres
recuérdame ya solo,
cachorro de mil nombres.
Testigo entre los niños,
¿dónde estarás ahora?
¿Por qué perdidos cerros
y qué mágica aurora?
¿Bajo qué oscura tierra
han sembrado tus huesos?
Camarada de un día
humilde de sucesos.
Y cuando resucites
—porque se resucita—,
Bose, ven a buscarme
por si acudo a tu cita.

Porque tanto te amé
y porque se regresa,
amigo, espérame.
Pongo el pan en la mesa.

Pablo Larra



La tarde a perros, Madrid 1976